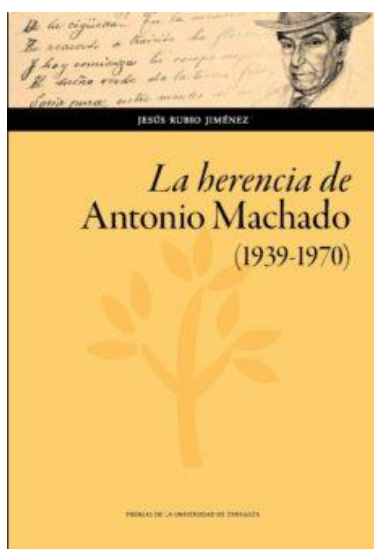


UN ENSAYO A LA ALTURA DE LAS CIRCUNSTANCIAS

Jesús RUBIO JIMÉNEZ, *La herencia de Antonio Machado (1939-1970)*, Zaragoza, Prensas universitarias, 2018, 350 pp.



Se puede comenzar la reseña de *La herencia de Antonio Machado (1939-1970)*, de Jesús Rubio Jiménez, citando unas acertadas palabras que, aunque se encuentran al final de su estudio, son un punto de partida válido para el análisis que se propone: «En la literatura late siempre la historia. Los buenos lectores la detectan, descubriendo sus circunstancias y siendo capaces de proyectarlas hacia su presente».

Para detectar la historia en la literatura hay que ser *observadores*. En otras palabras, hay que estar a la altura de las circunstancias cuando estas mismas circunstancias son el fundamento para *crear* una obra. La literatura siempre está impregnada de Historia y Circunstancias, los dos elementos son complementarios y sin el uno también se anularía el otro.

En el epílogo del ensayo, Rubio Jiménez muy correctamente considera estar a la altura de las circunstancias tener *conciencia de la temporalidad*, es decir, ser conscientes del tiempo y de sus relativos pero constantes cambios.

El autor describe con claridad el objetivo de su ensayo, que es «mostrar con sus circunstancias cómo diferentes artistas españoles —y no solo poetas, sino también artistas plásticos— fueron homenajeando a don Antonio Machado a lo largo de los años».

Establece como límites cronológicos de su indagación la muerte de don Antonio en Collioure, el 22 de febrero de 1939, y la celebración del centenario de su nacimiento en 1975, que coincidió con el final de la dictadura franquista.

Cuando se investiga sobre las circunstancias de un hecho o un evento, es fundamental adoptar un método de lectura. Y bien, ¿cuál ha sido el método de lectura de Rubio Jiménez, a la hora de reconstruir las vicisitudes históricas que rodearon la obra de don Antonio? ¿Ha sido una lectura *integral*, término con que muchos academicistas suelen llenarse la boca, o más bien una lectura *parcial*? En realidad, Rubio Jiménez da un paso más allá de estos dos antónimos y nos informa que toda lectura denominada *integral* nunca debe prescindir de sus *parcialidades históricas*, es decir de esas circunstancias que siempre tienen un peso a la hora de una acertada apreciación. «Nada como el academicismo estricto y miope —subraya— para disecar y vaciar de sentido a un poeta, si olvida su

operatividad en la vida y en el alma de los lectores a lo largo del tiempo, estando *a la altura de sus circunstancias*». E insiste unas páginas más adelante en que «la visión crítica integral de un poeta no reside solamente en la integridad de sus textos, sino en la historia de su lectura, con sus luces y sus sombras». Lo cual significa que hay que volver a la *parcialidad* de las circunstancias para entender y vehicular, y así rendir el justo homenaje, a las palabras que Machado había impreso en la historia, palabras, como escribió en las *Nuevas Canciones*, en el tiempo.

Es más, cuando Rubio Jiménez escribe que «insistir en la historicidad del poeta y de su obra es imprescindible, [pero también] lo importante es ese diálogo siempre inacabado del poeta con su tiempo y el de los lectores con él desde sus propios tiempos» lo que nos enseña son dos claves de lectura: la primera, consabida, es que en el estudio de un autor y de su obra nunca se debe prescindir de su contexto histórico; la segunda, que definiríamos una *capa más a la tarta*, subraya la importancia de la lectura de una obra por parte de un lector *desde su propio tiempo histórico*, contemporáneo o posterior a la obra misma. En términos más generales, hablamos del *impacto* que tienen las palabras en la sociedad y de cómo este impacto varía según la época.

¿No oímos que las palabras siempre tienen un peso? Pues bien, el objetivo de este ensayo es medir el peso que las palabras de Machado han tenido a lo largo del tiempo, incluso podríamos definir *La herencia de Antonio Machado* un *medidor de peso*, una balanza cuya aguja oscila, tiembla y se mueve indicando la magnitud en la historia de la obra del poeta sevillano. No es casual que el autor, más adelante, formule esta pregunta retórica, de sabor unamuniano: «¿Cómo eludir el *clamor* de la historia?»

También fundamental es emprender la justa manera de estudio del clamor histórico, «se impone volver a contar la historia desde su comienzo, para comprobar la legitimidad de la herencia y qué se ha hecho con ella». Y aquí llegamos a otro hito de gran importancia: el término *legitimidad*. ¿Cuáles de los muchos homenajes dedicados a Antonio Machado, reconstruidos por Rubio Jiménez con todo lujo de detalles mediante documentos de archivos, cartas y artículos de periódicos, pueden considerarse *legítimos*, y cuáles, en cambio, carecen de este sello tan importante? ¿Qué homenajes celebraron al *santo laico* sin manipular el sentido de su obra para su propia conveniencia y cuántos, por el contrario, lo hicieron como «acto de estricta justicia sin que las palabras se perviertan»? Jesús Rubio, al fin y al cabo, nos enseña cuán lábiles pueden ser los límites del adjetivo “legítimo” y cómo éste puede adquirir un diferente significado a la hora de volcar la perspectiva: con amarga ironía vemos cómo los homenajes a Machado considerados “oficiales” por la supuesta *legitimidad* de un régimen, cargados de un patriotismo impregnado de retórica imperialista, se consideraron correctos y adecuados y, por otro lado, cómo otros actos, como el homenaje plástico en 1955 o el de Collioure y La Sorbona en 1959, fueron silenciados y en algunos casos etiquetados como «conurrencias deleznable» por la *oficialidad*. Pero a través de ciertas circunstancias algo paradójicas, aprendemos que lo oficial no siempre puede considerarse moralmente legítimo y que lo legítimo a veces no coincide con lo oficial.

Dicho esto, hay que eludir cualquier intento de hacernos perder el norte y tomar la senda equivocada, y afirmar desde ahora que *La herencia de Antonio Machado* ofrece la correcta lectura,

lejos de emborronamientos y alteraciones de la realidad, de las circunstancias alrededor de don Antonio: junto a la reconstrucción de la trayectoria machadiana, paralelamente se iba recuperando la tradición institucionista a la que pertenecía, «lo cual —leemos en el ensayo— tuvo un peso decisivo en la consideración de la importancia del valor moral de la obra del poeta, identificada con la de la tradición liberal».

Se nos revela con toda claridad el camino a seguir: es posible realizar una correcta lectura de la obra de Machado, *a la altura de las circunstancias*, sólo teniendo en cuenta su apego a la Institución Libre de Enseñanza de Francisco Giner de los Ríos y a su regeneracionismo. Mucho de lo demás han sido intentos de camuflar la verdad y utilizar la figura de Machado a través de un rescate nacionalista a bombo y platillo. Para no dejarnos desviar por este tipo de manipulaciones ayuda tener presentes los retratos de don Antonio hechos por su hermano José, que representan los rasgos típicos del poeta, el intelectual del “torpe aliño indumentario”, reduciendo «a escueta silueta su figura, vaciándola también de cualquier tentación grandilocuente».

Es más, no hay mejor testimonio que el texto escrito por el mismo Machado en 1932 recordando su llegada a Soria el 22 de septiembre de 1907 y su alabanza de la gente más sencilla. Decía entonces don Antonio:

Soria es una ciudad para poetas, porque allí la lengua de Castilla, la lengua imperial de todas las Españas, parece tener su propio y más limpio manantial. Gustavo Adolfo Bécquer, aquel poeta sin retórica, aquel puro lírico, debió amarla tanto como a su natal Sevilla, acaso más que a su admirada Toledo. [...]

Y hombres de otras tierras, que cruzamos [¿cruzaron?] sus páramos, no han podido olvidarla. Soria es acaso, lo más espiritual de esa espiritual Castilla, espíritu a su vez de España entera. Nada hay en ella que asombre, o que brille y truene; todo es allí sencillo, modesto, llano. Contra el espíritu redundante y barroco, que solo aspira a exhibición y a efecto, buen antídoto es Soria, maestra de castellanía, que siempre nos invita a ser lo que somos, y nada más. [...]

Cuando recuerdo las tierras de Soria, olvido algunas veces a Numancia, pesadilla de Roma, y a Mío Cid Campeador que las cruzó en su destierro, y al glorioso juglar de la sublime gesta, que bien pudo nacer en ellas; pero nunca olvido al viejo pastor de cuyos labios oí este magnífico proverbio donde, a mi juicio, se condensa toda el alma de Castilla, su gran orgullo y su gran humildad, su experiencia de siglos y el sentido imperial de su pobreza; esa magnífica frase que yo me complazco en traducir así: por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre. Soria es una escuela admirable de humanismo, de democracia y de dignidad.

Nada más esencialista, en el más puro sentido gineriano de la palabra, y más *intrahistórico* a la vez. Sus palabras sobre Soria describen tanto la tierra castellana como a sí mismo: el «sentido imperial de su pobreza», magnífico oxímoron, y su sentido impregnado de «humanismo, de democracia y de dignidad».

Rubio Jiménez subraya acertadamente cómo ciertos homenajes, o *contrahomenajes*, organizados en las décadas de los 50 y 60, fueron contra el verdadero espíritu machadiano; olvidaron que el poeta había defendido que no existe «valor más alto que el valor de ser hombre».

Afirmaría entonces que este homenaje de don Antonio a la castellanía es un retrato más que se añade a la carga simbólica del celebrado *Retrato*, donde Antonio Machado que realiza esas *autopinceladas*, el que «desdeña las romanzas de los tenores huecos y el coro de los grillos que cantan

a la luna» se distancia, quizás a bordo de esa nave que «nunca ha de tornar», de los eventos de rescate nacional cargados de retórica imperialista.

Tras anotar estos supuestos, que constituyen el andamiaje conceptual del ensayo, es oportuno recordar algunos de los actos más relevantes realizados en honor a Antonio Machado, analizados en el ensayo y que durante aquellos decenios trataron de mantener vivo —y nunca silenciado— el verdadero espíritu del poeta sevillano:

1. El homenaje de los artistas españoles a Antonio Machado en París en 1955 (pp. 112-131) para cuyo cartel y portada del catálogo de la exposición Pablo Picasso hizo un retrato del poeta. La exposición acogió una multitud de pinturas y esculturas de artistas españoles e hispanoamericanos contemporáneos.
2. La inhumación de los cuerpos de don Antonio y de su madre en la tumba definitiva en el cementerio de Collioure (1958) convirtieron el lugar en un *santuario civil*. La vuelta del poeta a su «tierra nutricia, cuyas voces misteriosas [Machado] se aplicó a descifrar», tal como escribe Rubio Jiménez, se realizó tras numerosas disputas y el intento de repatriación de los restos del poeta, intento de rescate del dominio *rojo* por parte de la *oficialidad*. Determinantes fueron las numerosas donaciones de intelectuales y ciudadanos anónimos, y también la firme voluntad de Marcel Bataillon de preservar el cuerpo del poeta para que, según sus propias palabras, «descansara fuera de España mientras durase el régimen contra el cual luchó por la pluma y por el mismo acto de desterrarse».
3. Los actos de homenaje de 1959 en Collioure-La Sorbona y en otros lugares (pp. 131-201), promovidos por intelectuales españoles y franceses al cumplirse el vigésimo aniversario de la muerte de don Antonio. Los actos celebrados en Francia resaltaron la profunda filiación de Machado a la tradición regeneracionista de la Institución Libre de Enseñanza. Continuaron con otros homenajes en Segovia y en el Paraninfo de la Universidad de Madrid en el mismo año, a los que asistieron intelectuales que no habían podido trasladarse a Collioure. No faltó un acto *oficial* organizado por la rama falangista en Soria, actuando la consabida obra de rescate nacional del poeta.
4. La antología *Versos para Antonio Machado* de Éditions Ruedo Ibérico (1962) (pp. 203-250) en la que artistas plásticos y poetas unieron sus obras para celebrar al gran poeta sevillano. En los homenajes de los años 60, la figura de don Antonio solía presentarse como indiscutible modelo de referencia y como aglutinante de una multitud de voces, sobre todo comprometidas en mostrar la dureza de las condiciones de vida de los más desfavorecidos. A tal propósito destacan en la antología las estampas en blanco y negro de artistas como Francisco Cortijo, Arturo Martínez, Francisco Mateos, Ricardo Zamorano, Castro y Cristóbal Aguilar, en las cuales se representa la asfixiante pobreza y el sufrimiento de las clases bajas durante el régimen franquista. La unión de poemas y

obras plásticas en la antología subraya la convivencia entre palabras e imágenes, reforzándose mutuamente.

5. El (fallido) homenaje en Baeza de 1966 (pp. 250-283) erigiendo un monumento en honor al poeta. El homenaje consistía en un acto público denominado *Paseos con Antonio Machado*, dirigido a recordar los sitios por donde paseaba el poeta en Baeza, la remodelación del entorno urbano y la instalación de una *cabeza* de Antonio Machado, obra del escultor Pablo Serrano. El acto fue prohibido el día 20 de febrero de 1966, día de la inauguración, montándose un alboroto entre la policía y los asistentes al homenaje, durante el cual, según testimonios directos, «se dieron más palos que en la recogida de la aceituna». La *cabeza* del poeta, fundida por Pablo Serrano, no se pudo instalar hasta el 10 de abril de 1983, diecisiete años más tarde.

Los actos analizados por Rubio Jiménez fueron homenajes y *contrahomenajes* «militantes, contrapuestos, que denotan dos maneras de referirse al poeta y de asumir su herencia apenas acabada la Guerra Civil y en situaciones bien diferentes: [unos] aventados por el mundo, [otros] empeñados en la legitimación del nuevo régimen dictatorial». En otras palabras: por un lado, tenemos actos centrados en la verdadera esencia y en el valor modélico de Machado, memoriales realizados en esos sitios donde la vida del poeta quedaba ya colgada a un hilo —Collioure—; por otro, eventos nacionales de la posguerra centrados en una desviadora lectura partidista.

La comparación entre los dos tipos de eventos en *La herencia de Antonio Machado* nos ofrece una *lectio* inolvidable: se puede jugar muy sutil y refinadamente con las palabras, incluso para alcanzar los fines más injustos y aterradores.

En definitiva, Rubio Jiménez reseña todos esos homenajes reconstruyendo sus circunstancias, subrayando una y otra vez el valor modélico de don Antonio en la lucha contra el franquismo, mientras el régimen trataba también de apropiarse con otros actos oficiales de su figura. Adolfo Vázquez escribió de Machado:

No quería pasar por encima del pueblo, encerrarse en una torre de marfil. Por ello despreciaba a los filósofos que tratan de aterrorizarnos con fárragos de verdades muertas y «en tiempos de combate se dicen siempre *au-dessus de la mêlée*».

Bien es verdad que es más difícil estar a la altura de las circunstancias que por encima de ellas.

Antonio Machado en ningún momento se situó por encima de los hechos y de las circunstancias, sino siempre *a la altura de las circunstancias*, comprometido en una justa causa, que era la defensa de la legitimidad de la República. Tal como escribía Giambattista Vico sobre la *prudencia civil*, concepto lejos de filosofías monásticas y más bien dirigido a entender la conducta los hombres en la colectividad, Machado nunca estuvo *au-dessus* de la muchedumbre, monástico y aislado, sino siempre comprometido en las dinámicas de la colectividad. Y cuando estas dinámicas se orientaron hacia el desastre de la Guerra Civil, él supo ponerse al lado de esa colectividad *legítima*, es decir, al lado del

pueblo (como se lee en el catálogo de la exposición del homenaje parisiense de 1955: «*toute sa vie aux côtés du peuple espagnol*»).

En la primera plana del *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles* del 1º de diciembre de 1944, citado por Rubio Jiménez, un anónimo periodista escribe palabras de una gran sencillez y, a la vez, dotadas de una gran poesía, que justo subrayan cómo la obra de don Antonio fuera sinónimo de su alineamiento al lado del pueblo español:

Hasta su expresión, [la de Machado] a primera vista toda sencillez y naturalidad, suena a pueblo. El tono lo da la lengua, ha escrito certeramente el propio Machado, y sus romances, sus canciones, de un fresco sabor en lo popular, en la forma y en el giro, son una admirable ilustración de esas palabras. Lenguas y sentir del pueblo, recreados, depurados, traspuestos a calidad de arte.

Nada más claro, todo en Machado «suena a pueblo», así que resulta equivocado y manipulador, en su intento de apropiación de la obra de un poeta, transformarlo en una «entelequia abstracta».

Concluyo esta reseña con una opinión personal sobre el trabajo realizado. Sin duda Jesús Rubio Jiménez ha realizado una meticulosa tarea de reconstrucción de testimonios y voces —las voces del *clamor* de la historia— sobre la muerte de don Antonio y su recepción posterior teniendo en cuenta los homenajes que se le tributaron en las tres décadas siguientes. Diría que se trata de un *trabajo de impacto*, impacto que tuvieron las palabras de un modelo de ética cívica, cual fue Machado, en los ciudadanos, intelectuales, artistas y generaciones de jóvenes en los años del régimen, nada menos que esa España joven, la España «de la rabia y de la idea».

Es este *clamor del impacto* el que Rubio Jiménez sabe reconstruir con maestría, estando él mismo, como don Antonio Machado, y como quienes lo homenajearon, *a la altura de las circunstancias*.

Valeria GRANCINI
Universidad de Zaragoza